

Mosaico de gratitud

Lo que no fue dicho

JOSÉ ZULETA ORTIZ

Seix Barral, Bogotá, 2021, 259 pp.

REVISO LOS apuntes que tomé al margen mientras leía *Lo que no fue dicho*, hace algunos meses, para escribir esta reseña, y en la primera página del libro encuentro garabateada una nota que me llama la atención: “La memoria está siempre en suspenso”. No estoy seguro de si la escribí al terminar de leer el primer capítulo o el último, así que vuelvo a leer ambos y compruebo que, en efecto, pudo ser al empezar o al terminar la lectura, y no me he equivocado: el último párrafo del primer capítulo del libro se repite en el último capítulo y así la memoria continúa suspendida, incompleta, inacabable. Me animo entonces a afirmar que este es un libro de suspenso, de recuerdos suspendidos como farolitos para desafiar la oscuridad del olvido. Libro de suspenso también en su acepción más técnica de retardar el desenlace del clímax emocional del relato: un hombre se entera de que su madre ha muerto y lo acomete entonces la necesidad de contarle a ella, esa madre ausente y que no volverá a aparecer hasta los capítulos finales, la historia de su vida:

[...] cuando tenía tres años mis padres se separaron y no la volví a ver ni a saber nada de ella hasta que tuve veintisiete. Mucho después, una vida después, me buscó. Estaba enferma. Quería contarme su vida y que yo le contara la mía. Empezó ella. Nos veíamos cada mes. Yo viajaba a Bogotá y mamá contaba. Así se estableció una carrera entre la memoria, la distancia y la enfermedad. Grabamos lo que decía. La enfermedad comenzó a minarla y su memoria se fue quebrando, se repetía. Al final parecía una cantante que ha olvidado sus letras, recordaba estrofas, pero ya no tenía consigo la canción. Allí precisamente me cedió el turno. Yo debía contar cómo había sido mi vida sin ella, mi infancia sin ella. Ahora, frente al hecho rotundo de su muerte, mi vida ignorada se impone con una nitidez nueva, como una vindicación, como una canción que hay que cantar. (p. 13)

Libro de suspenso, sí, y sin embargo encasillarlo en un único género sería un error. “No es una novela de formación, pero lo es”, escribe con tino su editor en la contracarátula, “no es una memoria, pero lo es; no es un poema, pero tiene mucho de poesía...., no es una trama unívoca, pero lleva de la mano al lector”. Tiene también, me permito añadir, mucho de libro de cuentos sin serlo, pues cada capítulo es redondo, funciona solo y a la vez suma al mosaico general. Eso es: *Lo que no fue dicho* es un mosaico, el autor mismo da con la clave al observar los cascajos que conforman los andenes de Lisboa, la ciudad en donde se encuentra cuando recibe la noticia de la muerte de su mamá:

Recordé haber leído que luego del terremoto que la devastó en 1755, a falta de otros materiales, decidieron utilizar los escombros para reconstruir con ellos las *ruas*. Recordar mi historia para contarla a mi madre será como armar un sendero con fragmentos, piedras claras, oscuras, mosaico de una vida truculenta y azarosa. Una vida nómada, nómada, sin tribu. Y que nunca oírás. (p. 14)

En *Lo que no fue dicho* la memoria y la poesía se dan la mano para erigir juntas un monumento de gratitud. El autor ha decidido dejar los nombres reales de las personas que dan vida a su historia; al contrario de lo que ocurre en muchas memorias, acá la palabra no se empuña para ocultar sino para alumbrar, no niega lo bello ni enmascara lo feo. Sin exageraciones, sin disimulos, José Zuleta Ortiz reconstruye y celebra a las personas que hicieron y hacen aún al escritor y a la persona que es él.

Las reminiscencias de la juventud son de una ardorosa sensualidad; las de la infancia son conmovedoramente bellas, muy vivas. “Atisbo la infancia disuelta en olvidos / y sé que en ella está todo cuanto puedo cantar”, reza el poema que hace las veces de epígrafe del libro. Olvido y recuerdo son las dos caras, el yin y el yang, que determinan la idea que se tiene de la existencia propia. “Mamá se iba desdibujando, su recuerdo me llenaba de incertidumbre, ocurrió entonces el primer olvido, olvido para no sufrir. Para seguir adelante” (p. 16), escribe el autor recordando justamente la infancia luego de la separación

de sus padres y la partida de su mamá.

Y mucho después, ya adulto, le pregunta a su padre la razón de su esmero en recordar, y este le responde:

[...] la verdad es que la memoria no es un don; es una manera de relacionarse con lo que a uno le interesa, es la intensidad con la que se conecta lo que se vive con lo que se piensa, con lo que se siente, con lo que se quiere, con lo que se sabe, con lo que se lee y con lo que se desea hacer. Así es difícil olvidar. (p. 196)

José está próximo a cumplir quince años cuando, sediento de libertad, se va de la casa para vivir, cuenta él, como enseñaba Epicuro: “Placer mitigado, hedonismo y regulación del placer” (p. 85). Comienza entonces la trashumancia, la búsqueda y el merecimiento de una independencia improvisada sobre la marcha. El periplo de José hacia la madurez abarca varias regiones del país. La suya es una juventud errabunda, dura y cargada de belleza, de lecciones aprendidas en las carreteras y campos, en ciudades, ante un mar deslumbrante, en playas perfectas para afinar el oficio de observar, para estar lejos y cerca de todo a la vez, para leer, para escribir y crecer. Los libros y las libretas donde anota sus impresiones lo acompañan siempre. En ese ejercicio constante de la escritura se vislumbra el escritor que llegará a ser.

El lector reconocerá en esta obra a algunos personajes ilustres de la literatura y la historia de Colombia, como Estanislao Zuleta (padre del autor), León de Greiff, Camilo Torres y Héctor Abad Gómez. Sin embargo, las enseñanzas fundamentales y la solidaridad más honda son obra de maestros anónimos, sabios también a su manera, que el joven encontrará en el camino: su profesor de ajedrez, el dueño de una droguería, un camionero; una justa y amorosa matrona analfabeta, Isaura Reina, pilar de la vida en Mulatos, en el Pacífico, y por supuesto su abuela Margarita Velásquez, a quien está dedicado el libro y de quien José aprendió que “la belleza y el placer son un posible destino humano, tal vez el que hace homenaje al hecho de estar vivos, la mejor causa, aquello por lo que en verdad vale la pena vivir” (p. 22).

Pasan los años, José cambia de oficio. De peón en una granja de conejos a ayudante de una camionera, de marino a aprendiz en una imprenta, de publicista a escritor. “La vida adulta suele ser menos memorable que la infancia y la juventud”, escribe el autor. El tiempo entonces se apresura:

Me dediqué a trabajar. Desaparecí, las cosas que me ocurrieron se imponen como fantasmas, como amenazas, como negaciones de lo que soy; terminan por alcanzar al que deseé ser y lo dañan, lo distorsionan de tal modo que terminan esgrimiendo un amorfo irreconocible hombre, convirtiéndome en algo imposible de soportar. Desaparecer, ser al margen, es un acto coherente, el único que mi cobardía para poner los tres puntos sobre las íes permite. Por ello me di a la ficción. (p. 205)

El amor del autor por la literatura impregna cada página del libro. Cada palabra ha sido escogida a conciencia, como en un poema, atendiendo siempre a la música de un lenguaje propio, a los ritmos del sentimiento y con la hondura que solo tiene la experiencia. Decir lo que no fue dicho es uno de los más nobles propósitos a los que puede aspirar un escritor. Por eso celebro y agradezco este libro. La gratitud es así: tiene la virtud de la proliferación.

Santiago Cepeda